

Barry University
College of Arts and Sciences
Department of Theology and Philosophy
Southeast Pastoral Institute
Programa: Maestría en Artes en Ministerio Hispano
Miami, Florida

Cuarta tarea:
Una Iglesia de discípulos misioneros - Documento de Aparecida

Estudiante: Rafael A. Guarnizo-Martinez

ID del estudiante: 3642832

RSP 533 / Ecclesiología y Ministerios

Semestre: Otoño 2026

Desde mi experiencia en el ministerio de música y en la vida de la comunidad, encuentro a veces desafiante la percepción de que el coro es quien “sirve” mientras el resto de la comunidad está allí para escuchar y participar pasivamente. Por ejemplo, cuando antes de la Eucaristía invitamos a la asamblea a aprender un canto o simplemente a entrar juntos en el espíritu de la celebración, esta experiencia me hace pensar en la diferencia entre simplemente pertenecer a la Iglesia y comprenderse como discípulo misionero. Más que afirmar que quien no participa de un canto no es discípulo, esta situación puede revelar una mentalidad heredada en la que algunos hacen y otros reciben, algunos sirven y otros observan. Aparecida presenta al bautizado como alguien que ha encontrado a Cristo y que, a partir de ese encuentro, está llamado a caminar en un proceso de discipulado que lo conduce necesariamente a la misión. Sin embargo, percibo en ocasiones una desconexión entre la formación, los sacramentos, la vida comunitaria y el seguimiento de la fe. Esto puede verse, por ejemplo, cuando acompañamos a los niños en su formación sacramental sin que exista siempre un proceso paralelo y continuo de acompañamiento para sus padres y para la familia. El sacramento no debería ser el punto final de un proceso, sino parte de un camino permanente de encuentro, formación y seguimiento de Cristo. Por eso, considero que no se trata simplemente de llenar la Iglesia de actividades y caer en un activismo vacío, sino de generar procesos de acompañamiento, tanto formales como informales, que ayuden a la comunidad a descubrir que la misión no es una tarea adicional que asumimos cuando tengamos tiempo, sino una consecuencia de nuestra propia identidad cristiana.

Esta vocación universal a la santidad y a la misión se concreta también en nuestra vida como laicos, viviendo en el corazón de la Iglesia y, al mismo tiempo, en el corazón del mundo. Es precisamente allí, en la familia, el trabajo, la cultura, la economía, la política y la sociedad,

donde el laico está llamado a hacer presente el Evangelio. A veces identificamos el servicio a la Iglesia únicamente con asumir un ministerio dentro de la parroquia; sin embargo, el discípulo misionero está llamado a llevar esta misión desde su profesión, en su familia y en la responsabilidad que tiene ante la sociedad. Esto nos exige ampliar nuestro horizonte para conocer las realidades de nuestro mundo y no hablar solamente desde dentro de la Iglesia. Un caso concreto es el de la justicia social, en el que el cristiano, además de formarse en la fe, vivirla y expresarla en comunidad, necesita conocer y comprender estas realidades, no solamente a la luz de la doctrina social de la Iglesia, sino también desde lo que esa misma sociedad establece como legal, legítimo o válido a través de sus leyes y estructuras. En este sentido, Aparecida señala que “los laicos necesitan una sólida formación doctrinal, pastoral y espiritual, así como un adecuado acompañamiento, para dar testimonio de Cristo y de los valores del Reino en los ámbitos de la vida social, económica, política y cultural” (212). Esto también deja entrever la importancia del discernimiento y de la planificación pastoral para leer los signos de los tiempos y comprender la realidad concreta en la que estamos llamados a anunciar el Evangelio. Por eso, deberíamos preguntarnos: ¿estamos formando a nuestros laicos solamente para servir dentro de la Iglesia, o también para llevar el Evangelio al mundo?

En definitiva, no se trata solamente de conseguir a más personas para que participen en reuniones, eventos o ministerios, sino de ayudar a quienes muchas veces están allí simplemente sentados a descubrir el gran tesoro que llevan dentro: los dones y la responsabilidad que han recibido por su bautismo, pero también la llamada de Dios mismo, que los ha elegido y los invita a caminar con Él. Descubrir que Dios cuenta con nosotros para participar en la misión de Cristo puede transformar nuestra manera de comprender lo que significa pertenecer a la Iglesia: ya no

como simples receptores de una vida que otros organizan, sino como parte viva de una Iglesia que, desde el encuentro con Cristo, es enviada en misión.